

Es María la estrella que ilumina y serena los mares turbulentos de la vida; estrella purísima y radiante. ¿No son, acaso, sus virtudes las que hacen germinar en la tierra la justicia y toda santidad y perfección? ¿Ó hay alguna senda para el cielo, que no recibiera la luz de sus ejemplos? Su esclarecida y noble vida dió la luz al mundo y glorificó la Iglesia del Señor. El ángel del gran consejo desciende de su trono y la visita, y la tierra queda cubierta, y resplandece con su gloria (1); esa tierra bendita nos da su luz, que disipa las tinieblas en la noche de la presente vida. ¿Qué haríamos nosotros, miserables, en la noche de este siglo, si nos faltase la luz bienhechora de María? Quitemos el sol del universo: hé allí la obscuridad reinando en todas partes: quitemos á María, y la sombra de la muerte, y las tinieblas profundas y espantosas, lo envolverán con su negro y fúnebre sudario (2). Es, por lo mismo, indispensable que esa estrella de salvación brille continuamente sobre el mundo. Por otra parte, su luz jamás extravía; y María, benigna siempre, oye las plegarias que le manda el corazón; extiende su mano y no nos deja caer; ahuyenta los temores, y nos lleva por la senda de la vida, sin peligro, á término feliz (3).

Los astros nos mandan raudales de su luz sin corromperse ni disminuir su hermosa claridad; y la Purísima Niña, al darnos al Señor, ha dejado

(1) Apoc., XVIII. D. Bonav., Spec. B. V. M., c. III.

(2) Idem. D. Bern., Sermon. II, De Aquæduc.

(3) Idem. Hom. II, sup. Missus.

inviolable su virginidad, la que ha sido consagrada, ennoblecida y llena de las riquezas y dones celestiales (1).

El augusto nombre de María es la regia corona que ciñe su frente y nos descubre la extensión de su imperio (2). En todas las naciones tienen e supremo dominio, y con su poder sujeta los corazones de todos, grandes y pequeños (3). Esther caminaba apoyada en una de sus damas, mientras la otra la iba siguiendo y alzando el regio vestido, que arrastraba por el suelo (4); así, á nuestra Reina querida, el ángel y el hombre la sirven á un tiempo. El glorioso Miguel la obedece y pone á sus órdenes las huestes del cielo que defienden y auxilian al mundo cristiano (5): el hombre la sigue, marchando en sus sendas; amoroso recuerda sus santas virtudes, y recoge su aroma y lo guarda en el alma.

¡Cuán excelsa y sublime y grandiosa contemplamos así á nuestra Reina María! (6). La Señora, la maestra y princesa del mundo (7). Como Reina del cielo y la tierra (8), lleva en sus manos la llave del abismo de la divina piedad, y lo abre á

(1) D. Bonav. cit., c. IV.

(2) D. Pet. Chrysol., Sermon. 142.

(3) Eccl., XXIV, 10-11.

(4) XV, 6-7.

(5) D. August. cit. á Sto. Bonav.

(6) A. radice ram.

(7) Á, rad. more.

(8) D. Pet. Dam., Sermon. I de Nat. V. M.

quien gusta, como quiere, y en el tiempo que es de su agrado (1).

Los reyes no siempre visten traje de gala, ni ostentan en todo tiempo el brillo deslumbrador de la corona: llegan también para ellos las horas del martirio: esto lo vemos en María, cuyo mismo nombre presagiaba sus terribles sufrimientos, los cuales entrarían hasta el fondo mismo de su alma inocente, y la hundirían en insondables mares de amargura (2). Entonces es cuando Ella, nuestra dulce Madre, pudiera decirnos: Mi nombre no es hermosa, sino amarga, porque el Omnipotente ha embrigado mi alma de amargura (3).

Es también la Purísima Virgen como amargo y dilatado mar donde quedan oprimidos y anegados los demonios, mejor que lo fueron en otro tiempo, en las olas del Rojo, los enemigos del pueblo de Dios (4). Cuando contemplamos nuestra miseria y los continuos y terribles asaltos del demonio, se estremece el corazón; con todo, recobramos la calma y la confianza al pensar en el poder y las victorias de María, á quien temen las potestades del infierno, cuyo nombre no pueden escuchar sin hundirse en el abismo (5). Su nombre soberano es un escudo impenetrable; arma que hiere y confunde al maligno. Y tan grande es su fuerza, que de vez en cuando nos viene la

(1) D. Bernard., Serm. I, In Salve.

(2) Á. rad. mara.

(3) Ruth. I, 20.

(4) D. Bonav., Spec. B. V., c. III.

(5) Rev. Stæ. Birg., Serm. Angel., c. 20.

salud más pronto, al invocarlo, que cuando mentamos el nombre de Jesús (1). Y ¿por qué? Porque Dios quiere que sus dones todos lleguen á nosotros en manos de María; así la ha querido honrar Su Majestad: porque asimismo, si Jesús es el abogado que tenemos para con el Padre, es también nuestro terrible juez; en su dulce Madre sólo vemos la abogada de los pecadores y dispensadora de la divina piedad; por esto, dilatamos sin medida nuestra esperanza en su amoroso seno, y conseguimos por Ella todo bien. ¡Bendito sea quien la hizo tan llena de poder y de bondad!

Sin embargo de ser tan amargo para los demonios, el nombre de la hermosa Virgen es dulcísimo para los hombres y quita la amargura del mundo. «Bebí mi vino con mi leche», decía el Esposo en los Cantares. «Y ¿por qué no vinagre?» pregunta un gran santo, y contestaba él mismo: «Esto es porque Jesús había gustado la dulzura de los virginales pechos de María» (2); cuya dulzura y suavidad no dejan sentir los amargos sabores de la vida.

No sólo es fuente de dulzura el nombre de nuestra querida Madre, es asimismo foco de indeficiente y pura luz de ciencia y de gracia, porque en Ella están todos los tesoros de la sabiduría del Señor (3); y de ellos ha salido, para bien del mundo, tan sagrado nombre (4). Son también

(1) D. Ansel., De Excell. Virg., c. 6.

(2) D. Anton. Pat., Serm. Dom. quadrag.

(3) D. Ansel., In Luc., c. X.

(4) D. Pet. Dam., Serm. de Annunt.

esos tesoros los de la bondad y la esperanza, porque nos ha dado al que es Señor y esperanza del mundo (1), llevando en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, hecho hombre por salvarnos (2).

¡Cuán grato y hermoso es para nosotros el nombre de María! Al pronunciarlo, nuestros labios se endulzan; al oído es más suave que el canto de los ángeles, é inunda el corazón en júbilo inefable (3).

¿No podemos, acaso, decir de tan sagrado nombre, que presta al alma luz, alimento y medicina? El fué la inextinguible lámpara que dissipó las tinieblas del paganismo, convirtiendo el mundo al conocimiento de la verdad (4).

Cuando marchamos por las sendas del Señor y se prolonga el camino de la vida, tal vez nos sentimos fatigados y desfallecemos de hambre y sed; mas invocamos el nombre de María, y esta tierna Madre, de quien está escrito: «Se anticipa á aquellos que la codician, poniéndoseles delante Ella misma» (5), nos llama diciendo: Venid á comer de mi pan, y á beber el vino que os tengo preparado (6). Su voz llena el alma de fortaleza y de consuelo, pero esto no basta á su cariño; se inclina dulcemente hacia nosotros con semblante apacible y amoroso: ¿quién pudiera dudar de su

(1) D. Epiph. cit á Sylv., t. I, c. 5, In Luc.

(2) D. Amb., De Inst. Virg., c. 5.

(3) D. Anton. Patav. cit. á Sto. Bonav. in spec.

(4) D. Cyril. Alex. H. cont. Nest.

(5) Sap., VI, 14.

(6) Prov., IX, 5.

ternura? Nos toma de la mano, sostiene nuestra flébil y lánguida esperanza, ruega por nosotros al Señor, y sabemos que sus ruegos son preciosos, sagrados ante Dios. ¡Cuán dulce es entonces contemplarla derramando en nuestras almas sus favores!

Si una y otra vez pronunciamos el nombre de María, la gracia aumentará la inspiración, la vida y el consuelo; porque ese nombre nunca se pronuncia sin amor, ni se invoca sin consuelo, ni llega al corazón sin encenderlo (1). Dichoso, por lo mismo, mil veces el que lo ame; será como el árbol regado por las corrientes de las aguas, que produce dulcísimos frutos de virtud (2).

El amor hará que repitamos ese nombre sin cesar; su luz irá mostrando nuevos tesoros de bondad y de ternura, porque él es la hermosa claridad que va en aumento y crece en las sendas de los justos hasta el perfecto día (3).

Hallamos en el sagrado nombre de María la medicina para el alma. Grande y terrible enfermedad es el pecado; causa la indignación de Dios, y trae en su fúnebre cortejo las tinieblas de la inteligencia, la rebeldía de las pasiones, la tristeza y la desesperación del alma. Mas invocamos el nombre de María, y Ella se acerca al trono del Señor rogando por nosotros: cierto es que ya el Eterno vibraba su terrible espada sobre nuestras frentes; pero nuestra tierna Madre levantó sus

(1) D. Bernard., Serm. paneg. B. V.

(2) D. Bonav., Psal. V. M., ps. I.

(3) Prov., IV, 18.

manos rogando por nosotros, y Dios oyó sus ruegos (1). Y al obtenernos el perdón, María consigue al mismo tiempo que la luz del cielo nos alumbré, que calmen las pasiones, se disipe la tristeza, y brille alegre y hermosa la esperanza santa, que la última habíase retirado llorando de nosotros.

Efectivamente, María, cuando ha rogado á Dios y obtiene sus favores, vuélvese á la tierra, y la ilumina, descubriendo su apacible y bella luz (2): alzamos nuestros ojos á su trono y le decimos: Sálvanos de la deshecha tempestad en que nos vemos casi ya perdidos; y su protección nos libra; manda á los vientos y al mar, y el mar y los vientos la obedecen, y el alma respira en la bonanza.

La tristeza nos llevaba orillas de un abismo; mas también el nombre de María la sabe disipar y nos aleja del peligro. ¿Cómo desesperar teniendo una Madre llena de ternura y de bondad, que si ve nuestras faltas se mueve á compasión, que no tiene horror ni desprecia al delincuente, por más que sean gravísimos sus crímenes, si éste quiere mandarle una mirada y pide socorro en sus angustias? María le tiende una mano compasiva, abre su corazón á la esperanza, le alivia, le acaricia, y no le deja hasta haberle conseguido la indulgencia (3).

¿Nos sorprende acaso esa ternura? Sin embargo, así debía ser el corazón de la Niña celes-

(1) D. Bernard., Ser. de Deipar.

(2) D. Thom., Opusc. VIII.

(3) D. Bernard., Orat. paneg. B. V.

tial, destinada para Madre de Jesús, puesto que la redención del mundo tomó principio en sus purísimas entrañas; asimismo, aquel corazón inmaculado tendría que dilatarse sobre el hombre, defenderlo en todos sus peligros, y ser en todas sus miserias el manantial perenne del consuelo y de la dicha para su alma sedienta y fatigada (1).

¡El nombre de María! Su arrobador acento suspende el alma en éxtasis de encanto; la existencia se estremece de dulzura; él es riquísimo tesoro en la indigencia, consuelo y apoyo de los débiles, inagotable fuente del amor, suavísima expresión de la bondad de Dios; su fragancia embalsama nuestras almas, y presta á la vida sus encantos. Hé aquí por qué veneramos ese nombre santo, y le repetimos sin descanso, sintiendo siempre nueva dulzura al pronunciarlo; él enciende y aviva cada vez más la llama del amor, y nuestros suspiros salen más ardientes, suspiros que los ángeles recogen en sus copas de oro, y los llevan al trono de su Reina.

¡Oh, Señora mía! Moisés dijo al Señor: «Si los hijos de Israel me preguntaren por vuestro nombre, ¿qué les diré?» (2). Y si el mundo nos pregunta cómo os llamáis, ¿qué le diremos? Él sabe que el Evangelio os llamó María; sin embargo, este nombre tan santo y bello, que derrama en el alma la paz, y cuyo resplandor disipa las tinieblas, infunde fortaleza, colma de alegría, encierra los tesoros de la bondad de Dios, no basta á quien os ama; ¿cómo,

(1) D. Bernard., loc. cit.

(2) Exod., III, 13.

pues, os nombraré? ¿Diré que sois mi madre? Mas una madre arroja de su seno al hijo que ha llevado en él, y nosotros siempre nos hallamos viendo en vuestro pecho. Escuchadme, nos decís, escuchadme vosotros á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo os llevaré hasta la vejez, y hasta que encanezcáis; os llevaré, os sostendré, y os salvaré de todo peligro (1). ¿Os nombraré mi hermana? Pero una hermana divide su amor y sus desvelos entre los demás hermanos, y Vos, amada mía, me amáis con un cariño inmenso; no me corresponde solamente parte de vuestra ternura; todo vuestro corazón es mío, y no porque llevéis conmigo innumerables hijos en vuestras entrañas me habéis de amar con imperfecto y corto amor, ni vuestros cuidados dejarán de ser continuos, y llenos de vivísimo interés. ¿Acaso os llamaré, como os han llamado algunos santos, la esposa de mi amor? Sin embargo, el vínculo que une á los esposos se destruye con la muerte; mas vuestro amor es inmortal; salido del seno del Señor, vuelve al centro mismo de donde salió, y donde vive por una eternidad feliz. Diré, pues, mi amada Niña, que sois mi vida, mi alma, mi propio corazón; que vivo, mas no yo; que vos sois la que vivís en mí; que sea que viva ó muera, muero y vivo para Vos. Cuando esto digo, y me contemplo á vuestros pies, y los estrecho en mis brazos, y los baño con mi llanto, ¡oh, y cuán feliz me siento! Olvidase el mundo, fastidian los placeres, el corazón se halla en una paz dichosa, consigo

(1) Isa., XLVI, 3, 4.

tiene á la que ama; ¿cómo no estar sumergido en un piélago de inefables y purísimas delicias? ¿Cómo no perdersenos de vista todo lo que no sois Vos? Y después, sin embargo, tener tantas veces que llevar nuestros ojos á otra parte, ¡cuán amargo desconsuelo! ¡Oh, Señora mía! Que jamás os pierda de vista, que todos los objetos en la vida me hagan recordaros y suspirar por Vos, para que, apenas aligerado de su peso, vuele de nuevo á descansar en vuestro seno.

## CAPÍTULO IV.

LAS SOMBRAS DEL SANTUARIO.—LAS GUIRNALDAS  
DE AZUCENAS Y EL LAZO DEL AMOR.

### § I.



ERAN contento tuve cuando se me dijo: «Iremos á la casa del Señor. En tus atrios descansarán nuestros pies, ¡oh Jerusalén, Jerusalén! la cual se va edificando como una ciudad, cuyos habitantes están en perfecta y mutua unión. Reine la paz en tus muros y la abundancia en tus palacios. Por respeto á la casa del Señor Dios nuestro, te procuré tantos bienes» (1). ¡Qué palabras tan hermosas! La alegría y el deseo que se levantan á los cielos, arrebatando y recogiendo los suspiros del

(1) Ps., CXXI, 1 et seq.